

Los secretos del fundamento

Mariana URQUIJO REGUERA

La pregunta por el fundamento de las cosas tiene sentido porque conferimos un valor al fundamento. Así mismo, este libro tiene sentido en la medida en que conferimos un valor al fundamento y que no hemos perdido la ilusión de seguir echando luz sobre el asunto. Ignacio Gómez de Liaño en esta ocasión se propone buscar el fundamento de las cosas para encontrar aquello que confiere valor al obrar y al conocimiento en tanto que les da sustento y realidad.

Pero ¿por qué buscar el fundamento de las cosas?, es decir, ¿por qué más de dos mil años de Filosofía? ¿Cómo saber que algo tiene fundamento? ¿Por qué nos importa que las personas tengan fundamento? ¿Y si demuestro que ningún fundamento tiene fundamento?

Volver a formular esta pregunta tras haber tratado de *iluminar filosóficamente*¹ las cosas, tendremos que ver a dónde nos lleva. Liaño nos ofrece su propuesta. Por un lado en una exposición esquemática argumentada de su pensamiento filosófico práctico, y por otro lado en una ofrenda al lector, el autor nos da una propuesta como herramienta para la comprensión del texto, y de los problemas que allí se tratan.

Revisando la reciente traducción al italiano² de esta obra, encuentro que le han

* Gómez de Liaño, I., *Sobre el fundamento*. Editorial Siruela. 2002. Madrid, 177 pp.

¹ Gómez de Liaño, I., *Iluminaciones filosóficas*, Ed. Siruela, 2001. Madrid.

² Gómez de Liaño, I., *Sul fondamento. Istruzioni per l'uso della filosofia nella vita*. Ed. Bruno Mondadori. 2003. Milano. Italia.

agregado un subtítulo que dice así: “Istruzioni per l’uso della filosofia nella vita” (Instrucciones para el uso de la filosofía en la vida), es decir, indicaciones para llevar las reflexiones típicamente filosóficas a la práctica. Pero contra lo que pudiera parecer a primera vista, no se trata de un libro de recetas y soluciones ante los problemas y contradicciones propias de la elección práctica o del conocimiento. La propuesta de este texto tampoco es una recuperación del pensamiento de algún clásico ni de ningún pensador moderno, con ellos dialoga y de ellos ha aprendido, pero en este caso es más bien lo que parece un desarrollo de las propias conclusiones del autor tras años de estudio y de vivencias, que se deja entrever en el uso de la primera persona para exponer, para ponerse como ejemplo y para apelar al lector. Nos transmite su propio recorrido a través de los problemas fundamentales de la filosofía y de la vida. Con todo ello, nos da claves de lectura y de interpretación de nosotros mismos y de nuestro mundo con la intención de verter todo el conocimiento que manejamos hoy, en un verdadero instrumento de orientación del conjunto de la vida recuperando uno de los principales fines y poderes de la filosofía en su ámbito práctico: enseñar el arte de la vida.

El libro está compuesto por anotaciones numeradas que pueden sugerir una lectura lenta y difícil, sin embargo, la exigencia de clarificación que se autoimpone el autor compone con sencillez, concreción y fluidez los argumentos, explicaciones y relaciones que forman el entramado complejo que intenta tratar. Problemas que se entrelazan constantemente unos con otros, no por falta de estructuración, sino por la convicción del autor de la “insobornable complejidad de la realidad” y cuya consideración y tratamiento no tiene sentido si no es de forma global, por lo que encontramos a lo largo de la obra múltiples hilos temáticos entre notas más allá de la linealidad marcada por la numeración.

Pone en juego ante los problemas que plantea la vida, el desarrollo de la personalidad y de la moral en las sociedades modernas, todo su conocimiento del mundo antiguo y contemporáneo, que aunque se encuentre desarrollado en otras obras del autor, aquí adquieren toda su importancia al revelarse como útiles al servicio de la vida humana. El texto pone en práctica su propia propuesta: incita y provoca cierto movimiento en el lector a través de la exposición a modo de diálogo socrático con un interlocutor imaginario, que puede ser el lector o el mismo autor en un despliegue de los múltiples interlocutores que atesora en su persona. De este modo involucra al lector en el desarrollo de los argumentos transmitiendo un conocimiento y provocando su sentimiento práctico que comienza con la aventura de atreverse a pensar e involucrar con ello al conjunto de la persona.

Primeros movimientos

Comienza por revisar los principios del racionalismo, del empirismo y del escepticismo como tres actitudes diversas ante el origen del conocimiento y la comprensión del mundo y del hombre, aceptando conjuntamente que me es evidente tanto que pienso, como que siento y entiendo, siendo estos los fundamentos del conocer y a los que al fin y al cabo, se reduce la vida. (§ 20) Y aunque el permanente cambio de las cosas que siento, pienso y entiendo me lleve a dudar de que tengan algún fundamento, éste se encontrará en “la forma de mostrarse de ese no-tener-fundamento, o sea en eso que llamas demostración”(§10). Por ello, “hay que partir de las cosas que siento” (§14) ya de un sentir cognitivo-ideativo, ya de un sentir impulsivo-afectivo, “lo uno volcado a los objetos del mundo, lo otro a los estados del alma y a la condición somática de ésta. ¿Hay un común denominador y una razón que explique ese común denominador?” (§15).

El autor reconoce que después de Nietzsche es difícil marcar una línea entre la verdad y la ilusión, pero esto no implica que se hayan borrado los límites entre la mentira, el engaño y la verdad y la ilusión, estos últimos se entremezclan constantemente a lo largo de la historia por la propia naturaleza del conocimiento, “el camino de la verdad se abre con dificultad entre las sombras y las ilusiones, por eso deben tomarse precauciones al respecto” (§44). Precauciones que implican una labor crítica de las propias facultades cognitivas.

¿Basta el conocimiento para que una persona tenga fundamento? El autor prueba a contestar: si el conocimiento se exalta es patológico, si se abusa es trágico; solo una dosificación en función de la capacidad de comprender la verdad y de tolerar sus diferentes grados puede ayudarnos a iluminar el sentimiento, en tanto que el conocimiento por sí sólo no se activa ni se basta para proporcionar a una persona los instrumentos necesarios para dar fundamento a sus acciones, sus creencias y sus sentimientos. Es el sentimiento el que pone en funcionamiento las capacidades cognitivas, y por ello, aunque el conocimiento descubra, ilumine los principios de la conducta, “el valor supremo ha de estar hecho de sentimiento iluminado por el conocimiento” (§62). Aislar el conocimiento de otras disposiciones del hombre lo convierten en un tirano fundamentalista que en vez de servir a la vida, sirve a la muerte. Y la ilusión mantiene su puesto como alimento del corazón que equilibra la frágil relación entre conocimiento y felicidad.

El conocimiento no es útil como fin en sí mismo, sino que es su capacidad orientadora respecto de sus condiciones internas y externas (cuerpo y mundo) a las que está sometido el hombre, el que le confiere un papel protagonista en el desarrollo de las personas. Sólo realizando el tránsito entre el conocimiento como contemplación y especulación hacia su papel orientador de la acción humana adquiere sentido en el conjunto de la vida individual y colectiva.

De esta forma Gómez de Liaño nos intentará demostrar cómo el fundamento se lo damos nosotros a las cosas, aceptando que el valor, como la verdad, son creaciones humanas que respetan y que se enmarcan necesariamente dentro de unos límites que son los mismos que encuentra el hombre en cada esfera de su vida y que se ponen en juego en el conjunto de ésta. Límites que son los puntos de referencia ideales entre los que cabe distinguir grados de vaguedad entre la exactitud absoluta y la pura indeterminación: la resolución última de todo concepto y experiencia es la de la pareja referencial uno/otro y sus derivados: mismo-otro, bueno-malo, uno-múltiple, sin los cuales el movimiento sería inconcebible (§ 28-30).

Esta es su propuesta en el mismo marco de todas las reflexiones metafísicas que inauguraron la filosofía en Grecia y que han ocupado todo su desarrollo. No se trata de elegir entre Heráclito o Parménides, ya que el Uno de Parménides no se puede concebir sin la multiplicidad, tampoco lo igual sin lo desigual. Al protorreferente Uno le pertenecen todos sus opuestos cualitativos y cuantitativos para que el movimiento sea posible. El Uno no puede ser superado hacia la multiplicidad porque sin la referencia al Uno la multiplicidad en tanto que no-uno no puede ser múltiple, no se puede rechazar uno de los dos términos porque el uno es condición de posibilidad de que se de el otro y viceversa, y anulando uno de los términos de la oposición no se consigue potenciar el otro, sino que se afirma el excluido. Por ello, admite que es cierto que en los juicios de existencia no cabe ni una exactitud absoluta ni una sola interpretación de la realidad porque todo se nos muestra vago, pero, con referencia a un principio exacto.

En la modificación constante de todas las cosas es donde el autor encuentra su identidad profunda; profunda no porque se encuentre más allá de las superficies como un tesoro bien guardado, sino entendiendo el cambio como un juego de superficies donde los objetos en su movimiento no pueden ser exactamente lo que son, tienen una cierta vaguedad inherente relativa a un canon exacto. Vaguedad de los sentidos entre ciertos límites que son los propios del único canal que tenemos para relacionarnos con el mundo fenoménico.

Entonces, ¿dónde reside el fundamento de una persona si no es en el conocimiento? Pero, se pregunta nuevamente, ¿Por qué discriminar si una persona tiene o no fundamento y por qué preferir unas en vez de otras? Quizá porque así podré fiarme de aquellas personas que tengan fundamento, porque me inspiran confianza, y no de las otras, pero, quizá porque “lo que me atrae de las personas con fundamento es sobre todo otra cosa: me inspiran una idea mejor y más bella de la humanidad” (§109). La tarea de buscar el fundamento deriva así en un proyecto ético, estético con un alcance utópico.

Y entonces, ¿Cómo saber cuando una persona tiene o no fundamento? Con el especial cuidado con que se ocupa de aclarar la terminología que usa en este ensayo, aclara que por *persona* entiende cierta estructura o conjunto de movimientos (de

la mente y del cuerpo) coordinados entre sí y con el mundo, es decir, es “una fuente de múltiples formas de comportamientos”(§121). Estos movimientos dan lugar a complexiones somático-anímicas causadas por una incesante corriente de excitación-resolución cuyos protorreferentes son uno/otro, determinado/indeterminado. Al igual que los movimientos mentales no pueden entenderse sin referencia a los del cuerpo, éstos no tienen sentido al margen de aquellos, igualmente, nada en el hombre puede dissociarse del conjunto de éste y de su inevitable existencia en un mundo.

Cuando el filósofo deja de reflexionar sobre los discursos que crea el conocimiento para así conocer mejor lo que sabe de las cosas, y se dedica a reflexionar sobre el conjunto de la personalidad y sobre sus procesos de formación, no le basta con tener una idea de qué es una persona, necesita los medios adecuado para ayudar a formarla: se sirve de emociones, sentimientos, ideas... Al igual que un artesano necesita herramientas, materias primas y habilidades varias para realizar su trabajo, la formación de la persona requerirá de medios(de todo tipo) y vías de relación entre ellos a fin de armonizar varios niveles de composición personal que sean incluyentes para continuar abiertos a nuevas composiciones. De modo semejante a como se asimila lo nuevo en la tradición, no de forma que se anule una y se imponga la otra, sino en una relación de diálogo inteligente entre las diferentes partes. En el caso de la psique humana no constaría de dos interlocutores sino de muchos, algunos interiores y otros externos. Este diálogo inteligente se debe dar tanto al nivel de las ideas y el pensamiento como en el nivel afectivo, donde es mucho más frecuente encontrarse con estados contradictorios y simultáneos. El movimiento armónico sería la expresión más cabal de los principios de determinación e indeterminación que están en el fondo de todo proceso humano y que expresaría la llegada a ‘buen puerto’ de la barca de la personalidad. (§175)

Entonces, ¿cómo coordinar todas estas cosas, habilidades y facultades de modo que la persona tenga fundamento?

El escenario interno

El fundamento de una persona se refiere a la consistencia o inconsistencia de los principios que rigen su conducta; los principios son criterios valorativos relativos al plano moral-social. La consistencia de éstos determina si es o no una persona cabal, pero estos criterios valorativos no están inscritos en las cosas, los crea y aplica cada individuo. Así, se puede decir que la moral es una interpretación de las cosas según el valor que se les confiera. El fundamento desde este punto de vista sería el principio de los principios. ¿En qué consiste este principio fundamental y fundamentante? En una cierta coordinación de cosas y movimientos. Y más allá, ¿cuándo es un fundamento bueno y cuando malo?

A través del trazo de los mapas internos e interactivos Gómez de Liaño nos propone cómo podemos navegar con soltura a través de tempestades y encrucijadas ampliando los límites de nuestra libertad y de nuestro desarrollo. Conociendo el mundo y la carne podemos llegar a conocer el propio conocer. Navegación que inaugura una metáfora náutica para ilustrar el proceso de formación de la personalidad humana. Proceso que está en constante desarrollo y en perpetua construcción y que se impone como parte de la realización de una utopía que es la de la posibilidad imaginada de un mundo humano más bello. Posibilidad que acompaña la búsqueda de sí mismo y que se extiende a la búsqueda de sus límites. Búsquedas todas ellas que deben atreverse a hurgar y a tensar la cuerda hasta los extremos más disonantes; su conciliación logrará formas de determinación y resolución más amplias y poderosas. Navegar como ampliación de los horizontes de la experiencia posible inventándose a cada momento.

La necesidad de buscar una identidad y fundamentarla, pone en evidencia que el punto de partida es la no-identidad, la infinita plasticidad del hombre que sin embargo no puede evitar definirse y buscarse. Aquí reside el fondo trágico de la existencia humana. La necesidad de inventarse sin lograr acabarse y la necesidad de acreditarse ante los demás, viéndose obligado a tomar precauciones y a hacer cesiones... La psique se sube al escenario.

Una vez más, ¿Cómo crear el principio de coordinación y armonía de la personalidad que le de fuerza y sustento?— Comunicando las diversas partes y formas de mi alma, de mi cuerpo y del mundo en el que vivo, seleccionando las cosas que quiero que permanezcan y las que quiero barrer de mis dominios para que me permitan continuar ampliando lo que se puede llamar mi geografía interior en un constante viaje interior y exterior en el que me reinvento constantemente y que tengo que acreditar ante el público como si de un personaje de teatro se tratase y que tiene que conseguir la credibilidad suficiente para que el público le aplauda.

Credibilidad social y también interior: tengo que procurar conciliar y armonizar la sociedad interna que alimento y que eso se manifieste y se demuestre en el conjunto de mi vida: de mis acciones y palabras. Sería como sacar fuera mi escenario interior, sus criterios y fuerzas para demostrar mi fundamento en mi acción y en mi actualización en constante cambio y creación. Así cada personaje que puebla mi yo puede subirse al escenario e intentar contarse a sí mismo una vez que se ha realizado como tal, un sí mismo que está condenado a no terminar de encontrarse pero que no puede dejar de buscarse. He ahí la tragedia en acción. El viaje de Ulises se sube a las tablas y se vuelve tragedia. La tragedia, a su vez, es la expresión máxima de enfrentamiento entre opuestos que tiene que buscar una vía de resolución que abra una posibilidad de conciliación por donde seguir buscando. ¿Qué dice Nietzsche al respecto? Bailemos al son de la música. El poder armonizador de la música inmuniza psicológicamente gracias a su fuerza de superación de planteamientos bipola-

res, a su carácter interminable y tendencialmente extremo. (§301)

El mapa interactivo interior que nos propone que formemos está compuesto no sólo por los espacios afectivos que voy creando, sino por los diferentes yo es que soy yo mismo. Se trataría de una sociedad formada por los otros que tu eres, y que si alguna vez te abandonan te dejarían en la peor de la soledades posibles, agonizante... “¡ay del solo! O es un dios o es una bestia” (§193). Siendo solo uno es mucho más difícil tener la versatilidad que los problemas que se presentan exigen. Necesito tanto un tiempo para dialogar con los demás que me rodean como un tiempo para dialogar con los otros que soy yo. La necesidad de dialogar es el mejor ejemplo de la incompletud del ser humano. Y haciéndolo con mis interlocutores internos y externos puedo encontrar las salidas mejores a los problemas de la vida sin temor a equivocarme mientras busque mi bien y su bien con los otros. El mundo que me rodea y los otros con los que dialogo están a la base de quién y qué soy yo. El diálogo es el pharmakon.

El desdoblamiento me permite desarrollar una esteroscopia del mundo³, (§196) ver una misma cosa desde lugares muy diversos. El interlocutor ideal sería aquel que se entrega en plena reciprocidad, complementariedad y solidaridad y con el que se sienta una empatía mutua. Los lazos secretos que unen a los otros que soy yo y que me unen al resto de fuera son misteriosos, pero la afinidad, el gusto y la empatía no son caprichosos, dependen de la orientación de las estructuras apreciativas, el gusto es un prejuicio al que la razón puede transformar en un juicio con fundamento.

El desdoblamiento no es de por sí locura; locura es la no armonización de los diferentes papeles y otros que cristalizan en mi estructura psíquica, como si esta fuera un escenario al que en cada ocasión, según las exigencias se sube uno u otro actor al escenario para aportar sus capacidades, pero llevando adelante la representación sin que decaiga la atención, la tensión. Negar que los otros que coexisten dentro de ti sean identidades verdaderas es una imprudencia filosófica, puesto que cada una funciona como una identidad ideal y posee una porción de importancia en el conjunto.

El teatro de la vida

El reconocimiento de ciertos límites del pensamiento, del sentimiento y del obrar, no implican una determinación absoluta del hombre, ya que ninguno de estos

³ Recuerda a la imagen de Dalí observando el mundo a través de un tapón de una botella de cristal, viendo una nueva perspectiva a través de cada ángulo. Recogida en la reciente publicación de sus diarios personales (1978-89) en los que trata de su relación con Salvador Dalí. Ver, I. Gómez de Liaño, *El camino de Dalí*. Siruela. 2004. Madrid

límites se da nunca plenamente; sin embargo sí que describen el marco (principio de determinación) en que la libertad (principio de indeterminación) se puede dar. No es tampoco el reconocimiento de una libertad absoluta, paralizante ante su inmensidad como la del los existencialistas, sino un marco de acción cuya amplitud está en nuestras manos explorar y que no debe funcionar como freno sino como provocación que nos incita a tensar todo límite.

El ámbito de la libertad, sin embargo, aún siendo inmenso no es infinito, pero esa inmensidad tampoco es tal si no se realiza, actualiza en el sentido aristotélico. El autor observa como además, en las sociedades actuales este ámbito ha sido restringido por la mecanización de las formas de vida, por la estereotipación que fomenta, crea y acrecienta las formas sociales, políticas y económicas, mecanización que nos hace siervos de nuestras propias producciones de una forma tan global y pormenorizada que eliminan hasta la conciencia de mecanización y servidumbre.

Esta propuesta es una firme negación a la resignación y a la limitación de aspiraciones que propicia la sociedad actual mediante la hiperespecialización: la reducción de horizontes es el precio que se paga por aceptar una satisfacción inmediata y por sentir disminuida la angustia. La proliferación y exaltación del sentimiento de culpa, del narcisismo y la hipocresía han generado la creencia de que todo aquello que difiera de la fábula del Paraíso terrenal es una anomalía, de este modo los hombres se han convertido en víctimas de su propia tiranía embruteciéndose sin ser conscientes de su embrutecimiento, haciéndose esclavos sin haber perdido la ilusión de ser libres.

La mega-atomización de la población conseguida a través de una especialización extrema asegura que los individuos permanezcan sumamente aislados entre ellos haciendo efectiva la forma más radical de censura que se haya practicado: cada uno debe permanecer en su cuadrilátero, y así la vigilancia se vuelve mucho más fácil, al mínimo movimiento, alguien gritará y señalará con el dedo.

Todo aquello que unilateraliza, aísla y radicaliza, son formas de desarrollo humano parciales y problemáticos que crearán seres humanos incapaces de valerse por sí mismos y de abrirse al mundo, de entenderse y conocerse, aboliendo incluso la posibilidad de la libertad.

A esta sociedad llamada democrática que instauro el dogma de la igualdad entre desiguales le critica que haya provocado una mediocracia, a lo que opone la necesidad de que la sociedad recupere la estima en que se tiene la excelencia en ella, porque ello está directamente relacionado con la vía que recorre tal sociedad: decadencia o progreso.

Algunos ejemplos podemos encontrarlos en las formas de maniqueísmo cognitivos, ideológico y moral que han producido de modo excelente los últimos siglos. Sirviéndose de las nuevas artes: fotografía y cine, sobreexponiendo a la sociedad a

sus productos, han conseguido la anestesia general donde las figuras que vemos en la tele ya no son semejantes a nosotros y a nuestra realidad, sino que nosotros nos hemos convertido en figurillas que participan en una función como si fueran títeres que comparten la mayoría de sus rasgos, hábitos, gestos, saberes. (§184). “¡¡Todos esos títeres eres tú!”—por si alguien no se había dado por enterado— La amenaza social de escisión y homogenización de las personas que analiza el autor, hace destacar la genialidad y utilidad de su propuesta crítica y constructiva que afecta a la formación de la personalidad de los individuos y de las sociedades.

La concepción social del individuo se acerca mucho a la de su contemporáneo Peter Sloterdijk⁴. El hombre no nace sabiendo ni siendo, se hace, pero no individualmente, sino en la cultura. El hombre crea la cultura y es creado por ésta. El hombre es una forma de cultivo, crianza y domesticación. Sin cultivo es una mala yerba, sin crianza un mal vino y sin domesticación un mal bicho o algo peor (§284). El hombre como especie ha creado una cultura maravillosa, pero al precio de permanecer condenado como individuo a la mayor incultura, su vida no se despoja nunca de un entorno y una existencia irremediamente enigmática. Pero no por ello debe aferrarse a cualquier sentido o dogma, sino que permaneciendo en el enigma es como se puede asegurar no perder nunca el sentido.

Pero en esta búsqueda de sí mismo, paralela a su propia configuración en permanente cambio, el ser humano es el único que andando de esta forma puede perderse, porque es el único que se busca a sí mismo. La realidad es polimorfa y por ello, problemática, en ésta el hombre debe inventarse constantemente y acreditarse ante sí mismo para ser creíble ante los demás.

La forma de cultivo humano de la cultura actual sustituye toda búsqueda y todo vagar por formas de dependencia con efectos más crueles que cualquier otra forma de esclavitud histórica. La dependencia al tipo de organización del trabajo crea un sometimiento casi sin remedio porque apenas deja posibilidades para sustraerse a la organización técnico-industrial, aboliendo los conceptos de solidaridad y libertad a favor de una identificación de éstos con el capricho y el libre albedrío al servicio de las pasiones e impulsos más primarios o su opuesto, el rechazo a todos los impulsos en el sueño de sustraerse abstractamente a todo lo fenoménico, incluso a lo fisiológico. Por otro lado, la sustitución de la verdad por las medias verdades y la creación de un modo de vida basado en la reproducción de éstas a través de la saturación de los medios de comunicación, orientan al hombre a emplear el tiempo libre que le deja su trabajo en formas de ocio que son más formas de dispersión para contrarrestar las tensiones laborales, que ocio verdaderamente libre.

Contra la hostilidad contra la verdad, la libertad y la solidaridad, la memoria se alza como un arma fundamental contra las distorsiones unilaterales extremas y contra los fundamentalismos, porque facilita el acceso a las representaciones firmemen-

⁴ P. Sloterdijk, *El pensador en escena*. Pre-textos. 2002. Madrid

te registradas contra las inmediateces y los cambios acelerados a los que estamos sometidos a diario.

El teatro de la ilusiones

Las sociedades totémicas como las modernas, – nos explica el autor– hacen de la psique el escenario donde verifican las exigencias del guión que nos imponen desde fuera las realidades colectivas y que nos obliga a adoptar otros-papeles-que-yo, menos gratos pero que me posibilitan tener otro espacio donde ser yo-mismo (al menos en las sociedades actuales). En las sociedades primitivas el hombre no tenía ni el lugar ni la posibilidad de ser él mismo, sólo era para la tribu y en la tribu. Actualmente las sociedades han entrado en un rápido proceso de decadencia donde el hombre es un títere cuyos movimientos son regulados desde instancias impersonales que no miran a su autoformación libre sino a su amoldamiento a las exigencias del sistema. Nuevamente vivir en y para la tribu. Tribu que es una fábrica de guiones para el escenario de la vida. El aprendizaje de los guiones se realiza en la reproducción mimética de actitudes y conductas, pero a diferencia de las sociedades totémicas donde cada individuo se mimetiza con un animal, una planta... creando en las asambleas donde todas las necesidades están representadas en una cosmovisión plural, los guiones actuales tienden a la homogenización y coordinación de cada movimiento, del cuerpo y de la mente.

La necesidad de vivir en sociedad sin embargo, también requiere de una crítica de los tributos a pagar al grupo en detrimento del desarrollo personal. Una de las exigencias de ese yo que se crea con los otros y a través de los otros, es la de acreditarse frente a la comunidad, lo cual implica una cesión de funciones y roles en algunos ámbitos, que me permitan un ámbito propio de libertad.

“Para acreditar tu yo,–nos explica el proceso– deberás por tanto representar los papeles que te asignen a fin de conseguir la benevolencia del público, como en le teatro griego, para después “ser el que eres’ siguiendo la máxima griega de la autoafirmación” (§249). Suspende tu personalidad bajo el influjo de las fiestas dionisíacas, participa en su cortejo y acoge las infinitas máscaras del dios, la ventura o aventura de ser nadie y todos. La enajenación que se apodera de los que participan en las fiestas. Inmolando tu yo podrás reconstruirte y regenerarte. Al igual que en cada primavera, la vida se debe morir parcialmente para que perdure, de este modo, practicando la epojè de tu identidad y participando del coro, el pueblo experimenta el aprendizaje de las dificultades de ser hombre de forma colectiva. Después, vieron la necesidad de crear escuelas en la antigua Grecia democrática para aprender a llegar a ser un *quien*, en una sociedad que el resto del tiempo, entre orgía y orgía, posibilitaba ser *cualquiera*((§258))

El teatro en la Grecia antigua hacía las funciones de escuela colectiva e impartía enseñanzas sobre el fondo tragicómico de la existencia humana, demasiado plástica. Pero el actor y el espectador del teatro sabían que vivían de la apariencia, aceptando un cuadro cuyas apariencias fenoménicas les produjese la ilusión de realidad. Ante la capacidad humana de desdoblarse hasta puntos tan lejanos como lejos sea el alcance de sus representaciones, la tentación nos lleva a abandonarnos al juego de las representaciones virtuales infinitas, pero el sabio antes que disolverse en el juego de apariencias y caer en el escepticismo radical desarrolla su contrapoder esgrimiendo la razón frente al frenesí. El sabio parte de que la vida consiste en impresiones, fantasías y apariencias y ante la amenaza de la tempestad de impresiones y apariencias, medita bien qué papeles quiere representar y cuáles puede llevar a cabo para así aprenderlos cuidadosamente.

La filosofía enseña el arte de la vida para hacer de cada persona un atento espectador de sí mismo y de la propia obra que representa bajo las máscaras de los diferentes actores. Llevando el modo de proceder del pensamiento hipotético: si x , entonces y , a la vida en cada día y cada elección, se logra una filosofía práctica. Conciliando la razón y la pasión, las impresiones y los conceptos, se desarrolla una filosofía teatral. Uniendo la filosofía y la dramaturgia se evitan los melodramas, y añadiéndole la experiencia, se da de lado al efectismo de las actuaciones y de las obras. Igual en el teatro que en la vida. Tensando al máximo las posibilidades interpretativas con el aprovechamiento máximo de sus límites, se obtienen las grandes obras de arte. Abandonándose tanto a Dionisos, el frenesí, como a Apolo, a la razón como a las ilusiones podemos llegar a un conocimiento de nosotros mismos y de nuestro mundo. Así, ¿Cómo conciliar y armonizar los opuestos? Librando una constante batalla en la que hay cosas que se pierden para poder si quiera ganar algo.

Y por última vez, ¿Y si demuestro que ningún fundamento tiene fundamento? Tras constatar que “el hombre no se reduce ni a las apariencias de sus manifestaciones ni a las máscaras que endosa, será *otra cosa*, posibilidad ésta que ha de ser protegida como un tesoro” (§386). Entonces, dónde está ese tesoro secreto y en qué consiste. ¿Estará más allá del pensamiento en un sustrato último e inescrutable? El lugar del secreto es la relación entre lo oculto y lo manifiesto donde establece su juego y con lo que juega. Pero, por su propia naturaleza, los secretos son secretos a voces, todo secreto se llega a saber. ¿Y cuál es el secreto esencial del hombre?— que no tiene secreto, que aquello que buscaba y buscaba es eso que siempre estuvo ahí.

La realidad no está más allá ni al alcance del pensamiento porque el pensamiento es la propia realidad liberada de la necesidad de las leyes naturales. El pensamiento es el juego más libre posible por su capacidad de volver sobre sí como acabamos de ver en el juego de secretos. El pensamiento es el más allá, es el último término de todas las realidades que cabe imaginar. Lo frustrante no es el hecho de que no podamos ir más allá del pensamiento, sino el querer ir más allá de él, cuyo

núcleo no es otro que el fondo de determinación/indeterminación que se nos muestra como inobjetivable e incandescente: es la libertad “que hay en el corazón del ser” que se muestra en última instancia rodeada de un ámbito de vaguedad e indeterminación donde ella es “la esencia de toda determinación, exactitud y precisión” (§385): juego de la determinación y la indeterminación donde la libertad no es la absoluta indeterminación, ni absoluta determinación. Ese fondo de libertad es el secreto que el autor nos sugiere que guardemos como si fuera el tesoro más preciado.

El secreto y el juego de palabras nos pone delante un bonito ejemplo del inmenso juego de la libertad del pensamiento. Libertad en un mundo de ilusión movida por algo que está más allá del pensamiento: el afán por conocer las cosas y avanzar en el conocimiento no proviene del culto a las posibilidades infinitas de exploración que posibilita, sino que es algo previo, algo como el canto de las sirenas que es el amor (otra ilusión), el hechizo que despiertan las cosas en mí, el movimiento. ¿Entonces, vivimos hechizados?

¿No es la vida como el viaje de Ulises o de Don Quijote una búsqueda de la identidad, un retrato móvil que no llega a desdoblarse pero en el límite de las tribulaciones de la personalidad? ¿No es el movimiento del alma paralelo al del cuerpo, no se complementan? El ansia de libertad es fascinante porque se contrapone a la visión del mundo como encerrona, se puede mirar a las fronteras y ahogarse por reconocer que “haberlas, haylas”, pero también se puede vivir de la ilusión de la infinitud del mundo que encierran esos límites. El estímulo es el afán de exploración que nos posibilita sustraernos del imperio de la fatalidad, es una exploración que se resiste a levar anclas y despegarse de lo singular y concreto, pero que ensancha sus límites fusionando el sentimiento, la inteligencia razonante y la emoción. Una exploración compuesta por las más variadas experiencias que se enlazan como las notas de una composición musical que se resiste a dar la última nota, a fin de llegar a reunir los matices más sutiles y contradictorios que se puedan producir en una trayectoria armónica a la que siempre le falta cierta armonía.

“Qué verdad es que mejor o peor compuesta tu eres una música embriagadora que te saca de ti mismo y te enloquece en medio de la razón” (§ 377)

Fascinante el viaje y fascinante la lectura.

Mariana Urquijo Reguera
c/ Magallanes 20
28015 Madrid
urquijomariana@yahoo.es